



MUERTE

Territorio de lo limitado

Autor: Javier Caballero Chica

Siguiendo la tradición judía, a los condenados a muerte, en época de Jesús, se les ofrecía un vino vigorosamente aromatizado para aturdirlos y anestesiarnos. Es una muerte dulce, alcoholizada, traspasando el terreno de lo tangible para dar paso al amargo placer de la muerte. Esta sucesión de acontecimientos narcotizantes tiene su equivalencia posteriormente en los condenados a la guillotina haciéndoles beber un vaso de ron con los mismos objetivos de dulcificar una

muerte apócrifa. Desde el mismo nacimiento de Cristo su relación con el aniquilamiento físico es establecido mediante una relación de devoción y malevolencia que marcará la existencia de todos sus seguidores. Ha conseguido crear un universo en torno a la muerte, alrededor del fallecimiento. Las parábolas sobre el abandono paterno-filial, y la soledad del hombre se manifiestan en toda su radicalidad. Según el Evangelio de San Marcos antes de clavarlo en la cruz, le dieron los soldados a beber vino mezclado con hiel, según Mateo con mirra, cuando lo probó no quiso tragarlo. Jesús se niega a ingerir ese brebaje, bien porque era amargo, ya porque aún a riesgo de sufrir más, quería conservar hasta el final su plena consciencia. Las representaciones sobre esta tipología son muy escasas. Existe un ejemplo de Lucas de Leyden que presenta a un Cristo desnudo sentado ante la cruz que se encuentra diseminada en el suelo. Un soldado lo coge por los pelos y le obliga a beber de una copa el citado alcaloide; junto a él su compañero de suplicio bebe de un ánfora. Interés especial cobraría la representación del rostro y del estado anímico de Jesús en los momentos previos de su extinción existiendo dos tipos de fisionomía: la falsa y la verdadera, considerado que esta última manifestaba que la cara no significaba una determinada posición de ánimo, sino que los afectos y pasiones reflejados en el rostro eran espejo de los distintos movimientos del alma, que al igual se dan en uno u otro temperamento, aunque éste ya predisponga al sujeto que los sufre según manifiesta Antonio Palomino de Castro en su estudio del Museo pictórico y escala óptica. Es una conquista de las distintas parcelas donde el perímetro de la muerte lo invade todo con una atmósfera densa y cansina. ¿es un lúgubre larocinio el semblante del Redentor? Hasta estos aspectos figurativos son tenidos en cuenta en la hora del fin. El dominio de la fisionomía presta una gran atención a las definiciones de las pasiones del alma al borde de la cruz. Gregorio Fernández busca en su crucificado no sólo el modelo de un Cristo doliente sino una manifestación de los estados de exhortación más quejumbrosos.

El propio Descartes manifiesta en 1649 sus intenciones sobre este tema en "Les passions de l'âme", al igual que el académico francés Le Brun había codificado formalmente "La méthode pour apprendre à dessiner les passions", con dibujos y representaciones relativas a fisionomías clasificadas en función de su temperamento rozando la desventura como sucede en las manifestaciones plásticas de la cofradía de Las Siete Palabras. Al hablar de las expresio-

nes relacionadas con la muerte se juega con las alegorías y sus correspondencias en los tributos: colérico - fuego, sanguíneo- aire, incluso el padre Feijoo realiza un análisis sobre el "Nuevo Arte fisonómico" demostrando expresiones relacionadas con la fatalidad del fenecimiento. Nos serviría como ejemplo el paso de la Segunda Palabra de Jesús entre los ladrones donde los ojos, unidos a los más sutiles movimientos de los rostros, son en teoría, índice de los cambios anímicos. A continuación como una sucesión de diaporamas Jesús es despojado de sus vestiduras, es tal la brutalidad que emplea el ejecutor que las heridas de la flagelación vuelven a abrirse.

Esta escena no se relata en los Evangelios, pues solo dicen que los verdugos, a quienes correspondían por derecho las ropas de los condenados, echaron a suerte las del Salvador. Estos detalles son plasmados por Jesús Iglesias en el paso que hace referencia a la mencionada escena. Estas personas no detectan el componente humano del dolor y la tragedia sufrida por el crucificado. La muerte forma parte de su oficio y de sus ganancias. Son personas enfermas dentro de un proceso social marcado por los designios de una oligarquía emanada de Roma y consentida por los padres de Sanedrín. Son personalidades anómalas que sufren

un procedimiento cotidiano en su avatar de nupcias soldadescas. Los detalles más ornamentales son buscados en los Evangelios Apócrifos y en las Meditaciones del Pseudo Buenaventura, popularizadas por los autores de los Misterios, como Arnoul Gréban. Las prefiguraciones convencionales en las Biblias Pauperum son el Rey David bailando desnudo ante el Arca Santa y el Rey Aquinor desnudo. Esta temática además de servir de ornamentación en los cortejos procesionales, es representado en el siglo XVI por Giotto en la predela de los Uffizi en Florencia, por Tiepolo en el Museo del Prado y magistralmente tratado por el Greco en 1577 para la Catedral de Toledo, vestido Cristo con una túnica roja bermellón con un gran amasijo de gentío. En esta postimería del estrago, del asolamiento, el contenido formal es lo que importa, asistimos verdaderamente a una génesis de un estilo de muerte, de un territorio de una trilogía apocalíptica y terminal: interpelación, desdicha compartida y proceso destructivo.

La muerte es la disgregación de Jesús convirtiéndose en un extremo dentro de sus equidistantes religiones monoteístas. Son imágenes donde no falta el aperebimiento del equilibrio conmensurado entre las intenciones mediáticas de Jesús, sus captores y los ladrones que lo flanquean. Todo

ello bajo un lenguaje fragmentario, muy expresivo con fuerte carga emotiva. Son instancias simbólicas presididas por un canto del cisne, una aventura en Palestina que toca a su fin. El patrimonio existencial de la cofradía expresa como ninguna otra esa ausencia de emociones donde Pilato y su mujer Prócula (el brebaje adormecedor), son pasajes que presagian ese rumbo a peores o derroteros, marchitos como una puerta que desconocemos que nos espera en la otra parte, en la otra orilla del Nilo, en la otra frontera del Ganges, en una dimensión del Tigris que demuestra las incapacidades del ser humano para expresarse cabalmente. En este universo de las imágenes, de los pasos, de la esbeltez vacua y de los logros personales trata este período dorado del cristianismo con una forma de pensar holística o global. Este fagonazo de lucidez transmite un firmamento mental acechado por la desmemoria histórica y la muerte como valor de perpetuación. Como en un drama teatral donde todos sus componentes estuviesen a punto de enmudecerse, el contenido apenas se construye con unos mínimos motivos: la cruz, las palabras de pesadumbre y un calvario apenas entrevisto por el que caminan unas sombras de mujeres turbadas, unos clavos, una calavera, unos testigos taciturnos.